

XIII

Después de la muerte de Armando hubo entre todos los que conocían á la señora de Vernard des Vignes una verdadera conspiración de amistad para no dejar á la desgraciada madre sola con su desesperación, y rodearla y distraerla. Entonces recibía la digna recompensa de su noble existencia, toda de honor y de virtud, encontrando verdaderas amistades donde no creía tener más que relaciones sociales, y descubriendo sentimientos sinceros en mujeres que hasta entonces había creído muy superficiales. La soledad en que al pronto quiso encerrarse obedeciendo á un primer instinto de retraimiento, fué dulce-

mente interrumpida por conmovedoras simpatías. Supieron hablarle de su dolor sin lastimarla, tocándolo con mano ligera. Menos altiva desde que era más desgraciada, apreció el consuelo de quejarse y ser compadecida, de sentir manos amistosas estrechar las suyas, de abandonar su frente sobre el hombro de una confidente conmovida. No se podía consolarla, pero al menos se la calmó haciendo su vida menos insoportable.

No había querido que Armando fuese transportado á provincias y enterrado junto á su padre. En París era donde ella tenía aún algunos parientes; en París era donde durante la enfermedad había sentido circular en torno suyo una corriente de estimación y afecto. En París se proponía vivir en adelante, puesto que era preciso vivir, y no quería estar lejos de la sepultura de su querido hijo.

Le hizo construir una tumba muy sencilla en el cementerio de Montparnase, pero siguió tanto tiempo enferma de pena y de fatiga que no pudo vigilar por sí misma los trabajos, y cuando seis semanas después el féretro fué retirado de la sepultura provisional y colocado en su morada definitiva, la señora de Bernard no tuvo fuerzas ni valor para asistir á la lúgubre ceremonia.

Pero el domingo siguiente, encontrándose un poco menos débil, quiso ir á orar por primera vez sobre la tumba de su hijo, y después de oír misa en Santo Tomás de Aquino, subió en su berlina llena de ramos y de coronas, y se hizo llevar al cementerio.

Había tenido empeño en hacer enteramente sola esta peregrinación, habiéndose opuesto hasta á que la acompañase su vieja Leontina. Habiendo tomado indica-

ciones precisas sobre el lugar que ocupaba el monumento, bajó del carruaje, entró en el cementerio envuelta en su largo velo negro, con las manos y los brazos cargados de homenajes fúnebres, buscó algún tiempo su camino, y por fin, después de pasar revista á muchas filas de tumbas, leyó — ¡con qué horrible angustia de su corazón! — el nombre de Armando Bernard grabado en la piedra nueva.

Pero de repente se detuvo. Su cuerpo encorvado bajo el peso del dolor se irguió y en sus ojos preñados de lágrimas se encendió una llama de cólera.

Alguien la había precedido. ¡Sus flores no llegaban las primeras!

Había ya sobre la tumba de Armando un ramito de violetas de diez céntimos que debía estar allí desde muy poco antes, porque las humildes flores estaban aún frescas.

La señora de Bernard no dudó ni un momento. Aquello procedía de Enriqueta.

Desde que murió Armando la desgraciada madre había hecho todo lo posible por no acordarse de la querida de su hijo. No quería conservar de él en su memoria más que una imagen pura, ni evocarle más que adornado de su inocencia y su castidad de niño. Los seis últimos meses de la vida de Armando, su comercio con una mujer indigna de él, la lucha que había sostenido contra su madre á causa de aquella Enriqueta, aquel rapto de locura sensual — porque evidentemente no era otra cosa — todo esto manchaba, profanaba la memoria de su hijo, todo esto era demasiado penoso. No quería pensar más en ello, y casi lo había logrado. Y de repente aquel pasado vergonzoso y detestable se presentaba ante su vista.

Aquella miserable cuyos besos habían sido tal vez mortales para Armando osaba llevar flores á su tumba. ¿Y con qué derecho? ¿Con qué título? ¿Por qué le había amado? ¿Acaso pueden llamarse amor los ardores de una muchachuela en su primavera? ¿Por qué le amaba aún? ¡Vaya! Sensiblería de griseta que no volverá á acordarse de él dentro de un mes, de quince días, en cuanto tenga otro amante. ¡No, no! Ella, la madre del corazón atravesado por siete espadas, no puede sufrir que aquel ramo permanezca al lado de los suyos. Sobre aquella piedra á que ella se acerca desbordando de sollozos y oraciones, no quiere el homenaje de una bribona que ha llegado allí lloriqueando con el corazón lleno de recuerdos impuros. ¡Al montón de las inmundicias, al basurero las flores obscenas!

Y la señora de Bernard se inclina para

coger las violetas y tirarlas lejos; pero no se atreve á realizar el atentado.

¡Despojar una tumba! ¡Es casi un sacrilegio! ¡Si su hijo la viese! ¡Ay! Esa ofrenda ha sido tal vez grata al que duerme allí para siempre. ¿Quién sabe si las primeras flores que han engalanado su sepultura no son para él más queridas que las que lleva su madre enlutada? ¡Ah! ¡Qué cruel pensamiento!

Pero la señora de Bernard recuerda que ha ido allí para orar y se acusa de abandonarse en semejante lugar á sentimientos de rencor. Se pone de rodillas y hace la señal de la cruz. Sí. Ha sonado la hora de todos los perdones. Sí. Pensando en su pobre hijo muerto, ella sólo debía recordar que durante veinte años había sido su consuelo, su orgullo y su alegría. Sí. Debía estar llena de indulgencia para esa joven, que después de todo quizás ha

amado sinceramente á su Armando, y que en todo caso no le ha olvidado, puesto que ha puesto allí las flores emblema de su fidelidad.

Y cuando la señora de Bernard, después de permanecer largo rato en oración, se levanta para partir, y dirige á la tumba una postrera mirada de despedida, las flores de Enriqueta continúan en su sitio.

Desde entonces todos los domingos la señora de Bernard vuelve al cementerio y siempre puede persuadirse de que Enriqueta ha llevado por la mañana su recuerdo perfumado.

Pasó el tiempo. Con las estaciones variaron las flores; pero siempre fueron las de la flora popular, las que venden en los carretoncitos de mano á lo largo de las aceras. A los ramos de violetas siguieron los puñados de alelís, las ramas de lilas, los botones de rosas. Ante tanta constan-

cia la señora de Bernard se iba sintiendo desarmada. El sentimiento de Enriqueta ¿era, pues, más fuerte, más duradero de lo que había creído? ¿Quién sabe? ¡Armando era tan amable, tan seductor! Y enterreciéndose con el recuerdo de su hijo muerto, su madre se hacía más clemente con la que le había amado. Si algún día por casualidad hubiese encontrado á la joven tal vez se hubiera arrojado en sus brazos, tratándola como igual ante el dolor. Sin embargo, á cada nuevo ramo la señora de Bernard experimentaba una especie de extraño despecho. Seguía estando celosa de Enriqueta, celosa de sus recuerdos, de su pena y era aún rival por las lágrimas.

Entretanto la liga afectuosa que se había formado en torno de la señora de Bernard proseguía su obra. A la larga la habían decidido á hacer una vida menos

claustral, menos salvaje. Cediendo á insistentes y afectuosas instancias consintió en recibir y hacer varias visitas y en tomar parte algunas veces en reuniones íntimas.

Hacía ya un año que Armando no existía. Había vuelto el invierno. Entónces eran crisántomas lo que Enriqueta llevaba, y la señora de Bernard las encontraba muchas veces rodeadas de nieve.

Un dolor como el de aquella pobre madre no podía consolarse, pero se hacía, gracias al tiempo, menos agudo, menos áspero. Aquel dolor que debía ser eterno no era continuo.

¡Olvidar! ¡Olvidar! ¡Es el secreto de vivir!

ha dicho Lamartine en un verso admirable que expresa una amarga verdad. Seguramente la señora de Bernard no olvidaba, pero en fin, vivía.

Algunas semanas después de la misa de cabo de año, celebrada por el descan-

so de Armando—¡oh! aquel día ¡qué recuerdos tan terribles, qué llaga renovada!—la señora de Bernard supo que el general Voris había regresado del Tonkín.

Había escrito á propósito de la muerte de Armando una carta llena de tacto y de sensibilidad; luego no había vuelto á dar noticias suyas, y de vuelta en París se limitó á dejar una tarjeta en casa de la señora de Bernard.

Pero ésta no tardó en advertir que muchas de sus amigas pronunciaban con mucha frecuencia delante de ella el nombre del señor de Voris, y pronto adivinó con qué intención. El general seguía amándola, lo sentía, estaba segura. Acaso no había vuelto á Francia más que por acercarse á ella. Sabía que estaba sola en el mundo. Debía pensar que entonces querría tal vez aceptarle por consuelo y por marido, y sin duda en el círculo que la

rodeaba había ganado discretamente para su causa algunas mujeres.

¿Volver á casarse? ¿Empezar otra vez la vida? La pobre mujer no creía que esto fuera posible. Sin embargo, ¿cómo no comoverse con aquel amor firme é inalterable, que nada lograba fatigar, que había resistido, aunque sin esperanza, al tiempo y á la ausencia? Sí. En otro tiempo había sentido alguna inclinación hacia el señor de Voris. ¡Ay! ¿Qué podría ofrecerle hoy á cambio de su sentimiento tan profundo? Un corazón destrozado nada más. Pero con despojos se hacen los nidos.

¡Treinta y nueve años! ¡Si es casi una vieja! ¿En qué está pensando?

Por casualidad se mira al espejo. Ha llorado tanto que sus párpados están marchitos. Sin embargo, aún se parece un poco á su retrato pintado por Dubufe, á su retrato de cuando tenía veinte años,

Hay en aquel espejo algo más que un fantasma de la admirable Blanca Antonini, de la joven Diana de las cacerías de Compiègne. El mármol de su tez está un poco amarillento. Algunos hilos blancos corren por su abundante cabellera. Pero ha conservado su perfil puro y elegante, su talle esbelto y gracioso, sus hombros hechos para un manto real.

—¡Bella aún!—suspiró con dulce melancolía. — ¡Ah! ¡Locura! ¡Locura!

Precisamente aquel día la antigua dama de honor de la emperatriz, la anciana duquesa de Briedland, excelente señora que ha manifestado en los últimos tiempos á la señora de Bernard un interés maternal, la invita á tomar el té con ella en un pequeño círculo de amigos.

—Encontrará usted allí, querida mía, le dice á uno de sus antiguos admiradores, al general Voris.

Aceptar sería para una mujer del carácter de la señora de Bernard dar una esperanza al general, comprometerse casi con él. Se excusa, da un pretexto, pero queda llena de confusión.

¿Por qué ha rehusado? Ese casamiento, que satisfaría por otra parte todas las conveniencias, no tendría para ella nada que no fuese dulce y consolador. Ya ha pensado en esto muy formalmente. Su corazón interrogado en voz muy baja habla en favor del general. Ya se ha preguntado: «¿Por qué no?» Ya ha estado á punto de contestarse: «Sí». ¿Qué es lo que la detiene en el umbral de ese refugio donde después de tantos sufrimientos podría esperar un poco de reposo? ¿Qué la hace vacilar?

Casi nada. El ramito de violetas que ha encontrado todavía el domingo último sobre la tumba de Armando.

Sin duda tiene el derecho de volver á casarse sin ser infiel á la memoria de su hijo. El señor de Voris, cuyo corazón conoce, respetaría y hasta alentaría en ella el culto de este recuerdo. No importa. Mientras Enriqueta lleve flores al cementerio, la señora de Bernard permanecerá viuda. No quiere ser vencida en aquella rivalidad de dolor y de constancia.

Pero el domingo siguiente no hay sobre la piedra tumular más que las violetas de la última vez, negras y secas. Enriqueta no ha ido á renovar su ramo.

¡Ah! ¡qué alegría irónica y malévolamente en el corazón la señora de Bernard! Ya lo había previsto. La querida de Armando se descuida, se consuela. ¡Vamos, vamos! Solamente las madres no olvidan nunca.

Sin embargo, no se debe formar un juicio temerario. Enriqueta puede ser de-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO HERRERA
1925 MONTERREY, MEXICO

tenida por fuerza mayor, estar ausente ó enferma. Conviene esperar.

Pero pasan uno, dos, tres domingos; nada, siempre nada.

Aquello es un triunfo para la señora de Bernard. Sí; cien veces sí. Su repugnancia ante aquellas flores impuras era legítima. ¡Armando, Armando! Sólo tu madre te ha amado de veras. Puede para acabar la vida, para bajar la cuesta apoyarse en el brazo de un antiguo amigo, de un hombre honrado. Pero duerme tranquilo, hijo querido. Tu tumba está en el corazón de tu madre y ocupará siempre en él el mejor lugar. Mientras que esa mujer... ¿lo ves?... Ya acabó su pena... Sin duda tiene otro amante. ¡Ah! Pobre muerto, no cuentes más que con tu madre para perfumar tu eterno sueño. Tu Enriqueta no volverá al cementerio. Ha olvidado el camino.

La duquesa de Friedland vuelve á casa de la señora de Bernard y le dice:

—Decididamente usted me aborrece, querida amiga. Lo digo porque parece que se ha propuesto usted no darme gusto. Yo que deseo tanto ver á usted un miércoles en mi té de las cinco de la tarde. El general Voris tiene la bondad de no faltar y nos horroriza con sus historias de piratas del Río Colorado.

Y la viuda, libre de su último escrúpulo, responde, no sin cierta emoción:

—Aseguro á usted que no hay de mi parte ningún propósito, señora duquesa. Cuente usted conmigo el miércoles próximo.